

Capítulo 10: Agares.

—¡Ven aquí! —rugió, un sonido que no era del todo humano, y cargó con todas sus fuerzas.

Pero León estaba listo...

El exorcista bloqueó el ataque con su espada, desviando fácilmente el golpe, y luego contraatacó con un poderoso puñetazo que golpeó a Vergil en el estómago.

La fuerza del golpe hizo que Vergil escupiera sangre mientras su cuerpo era arrojado hacia atrás, chocando contra otro gabinete y estrellándose contra una pared.

"Bleehehh" Vergil vomitó más sangre mientras su cuerpo parecía estar completamente destrozado...

"De ninguna manera..." pensó mientras intentaba concentrarse correctamente... Nunca había sentido tanto dolor antes... "Nunca lo lograré... Maldita sea..."

El dolor era tan intenso que ni siquiera sabía cómo seguía con vida, pero era obvio... era ese sentimiento dentro de él... esa mala sensación, ese hormigueo en cada parte de su cuerpo.

Fue la regeneración que tuvo...





"Estoy sorprendido, tu regeneración es mayor que la de cualquier demonio que haya conocido", admitió León, atravesando el agujero en la pared y sacudiendo el polvo agitando las manos.

'Este tipo... ni siquiera está tratando de matarme y aun así se burla de mí...'
Vergil ya lo había notado...

No tenía sentido... Nada... Podía intentarlo, pero ya sabía el resultado... 'No moriré sin luchar hasta el final, aunque sea completamente inútil'

Mientras su cuerpo sanaba, sintió un extraño hormigueo... Era cálido, como si atravesara todo su cuerpo y se detuviera en su corazón.

¿Esto...? ¿Qué es esto? No lo entendía bien, era como una corriente eléctrica, y no solo una, sino cuatro... ¿Es esto... Energía Demoníaca?, murmuró, sin saber siquiera si existía realmente, pero siguiendo los conceptos que conocía del manga, el anime, las novelas y demás...

Un demonio tiene energía demoníaca, ¿verdad?

—Y si yo... —murmuró, usando sus pensamientos para intentar dirigir los caminos...

'!!!'





Lo logró, dirigió toda la energía a las partes dañadas... 'Juro que si esto funciona...'

'!!!'

¡Funcionó! Sintió que todo su cuerpo sanaba aún más rápido. Me... ¿me estaba regenerando pasivamente? Si uso esta energía... ¿se acelera?

Todos estos pensamientos pasaron en un microsegundo, justo el tiempo que tardó León en acercarse a él y pararse frente a su cuerpo.

"Tú..." dijo León al ver a Vergil asustado y curioso mientras miraba sus heridas sanando casi instantáneamente...

«Un bicho raro... Tengo que eliminarlo», pensó León. «Se estaba recuperando inconscientemente, ahora con consciencia... Este hombre...».

León se acercó lentamente, su espada brillando peligrosamente. Parecía saborear el momento; cada paso estaba calculado para prolongar el dolor de Vergil.

"Estás acabado", dijo León con voz fría y tajante. "Ya no tiene sentido luchar. Acepta tu destino, demonio".

Vergil, aún jadeante y cubierto de sangre, levantó la vista; sus ojos ardían de odio mientras su cuerpo sanaba. «Yo... nunca... me rendiré», murmuró, intentando ponerse de pie de nuevo.



León suspiró, como si estuviera tratando con un niño testarudo. «Que así sea», dijo, alzando su espada para asestar el golpe final.

Pero antes de que pudiera atacar, Vergil, en un último acto de desesperación, reunió toda la energía que le quedaba y se lanzó hacia adelante.

No tenía ningún plan, solo la ciega determinación de luchar hasta el final.

Sus puños volaron hacia León, pero el exorcista los esquivó fácilmente, girando y usando el impulso para agarrar a Vergil por el cuello.

Virgilio intentó contraatacar, pero la fuerza de León era abrumadora.



El exorcista lo levantó del suelo, sujetándolo por el cuello con una mano mientras con la otra sostenía la espada lista para el golpe final.

"Hasta la vista", dijo León, pero antes de poder asestar el golpe, cambió de opinión.

En lugar de eso, utilizó toda su fuerza para arrojar a Vergil hacia el segundo piso del edificio, como un saco de patatas podridas.



Vergil sintió que el mundo giraba a su alrededor al ser lanzado hacia arriba con una fuerza sobrenatural. Se estrelló contra el techo del pasillo, rompiendo vigas y paredes en el proceso.

Su cuerpo finalmente quedó tendido sobre el tejado del edificio, cubierto de escombros y sangre. El dolor era insoportable; cada respiración era un esfuerzo.

Intentó moverse, pero cada intento se encontró con un dolor abrasador que recorrió todo su cuerpo.

León, mientras tanto, no tenía prisa. Subió las escaleras con calma, con la mirada siempre fija en la dirección donde Vergil había sido arrojado.

—Qué ingenuo —murmuró al ver al hombre sentado en el suelo entre los escombros, como un trono de basura, empapado en su propia sangre.

El cabello grisáceo de Vergil ahora era de un rojo oscuro y estaba cubierto de polvo.

"Hm... parece que no tuviste tiempo de aprender a controlar la Energía Demoníaca; realmente, eras un recién nacido", dijo Leon, observando a Vergil inmóvil y casi inconsciente.





—Eres diferente —murmuró León, más para sí mismo que para Vergil—. No eres como los demás recién nacidos. La mayoría apenas sobrevive a su primer contacto con un exorcista, pero tú... tienes algo más, algo que parece haberse desperdiciado.

León sabía lo que le esperaba: un Demonio de Alta Sangre. Era raro encontrar uno, sobre todo fuera de un clan.

Estos demonios poseían un potencial inmenso desde su nacimiento, y sus habilidades innatas superaban con creces las de los demonios comunes. Sin embargo, allí estaba Vergil, sin clan, sin dirección, sin control.

Un talento en bruto, pero que carece del pulido necesario para realmente amenazar a alguien como Leon.

—Qué desperdicio —murmuró León de nuevo, alzando la espada dorada por encima de su cabeza—. Pero no puedo permitir que un demonio como tú viva. Podrías convertirte en una amenaza, y eso... no puedo permitirlo.



Vergil, aún jadeante, intentó moverse, pero su cuerpo no respondía. Sabía que estaba al borde de la muerte, que no había escapatoria. La espada de León brillaba, lista para caer y acabar con todo.

Pero antes de que la espada pudiera descender, ocurrió algo inesperado.

Una mano femenina, elegante y fuerte agarró la muñeca de León, interrumpiendo su movimiento.

El exorcista miró hacia un lado, sorprendido, y sus ojos se encontraron con la figura de una mujer.

Ella era impresionante, con el cabello rojo cayendo en cascada hasta sus caderas, fluyendo como un río de fuego.

Sus ojos eran profundos, brillando con una mezcla de encanto y peligro. Vestía un moderno atuendo de cuero que se ajustaba provocativamente a su escultural cuerpo, acentuando cada curva. Había algo en ella que irradiaba poder y confianza, una presencia que incluso rivalizaba con la de Leon.

"Creo que ya ha sufrido bastante", dijo con voz suave pero llena de autoridad. Sujetó la muñeca de Leon con firmeza, pero sin esfuerzo, como si sujetara algo insignificante.

¡Demonio de Sangre Suprema! Sintió la presión correr por sus venas; ella no era ordinaria, no, ella era la destrucción...

León la miró con recelo. "¿Quién eres?", preguntó, intentando apartar el brazo, pero la mujer no cedió. De hecho... no podía mover ni un solo músculo...

"No importa", dijo ella sonriendo.

León frunció el ceño, incómodo con la confianza que demostraba la mujer. Sabía que no podía subestimarla, pero al mismo tiempo, no le gustaba que lo desafiara de esa manera. «Estás interfiriendo en los asuntos de la Iglesia», advirtió, intentando de nuevo liberar su brazo.





La mujer simplemente rió, una risa melodiosa que contrastaba con la tensión del momento. "¿La Iglesia? Me dan igual tus reglas. Y en el fondo, sabes que esto no es una petición, ¿verdad?"

León entrecerró los ojos. Podía sentir el poder que emanaba de ella, un poder distinto al de Vergil, pero igualmente peligroso.

«Energía Demoníaca...» Aun así, no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. «Si sabes quién soy, sabes que no puedo dejar con vida a un demonio sin alineamiento».

"¿Y si te dijera que es de mi clan?", replicó ella, con un tono más serio. "Aún no ha encontrado su lugar, pero pienso mostrárselo. Así que, ¿por qué no nos ahorras una confrontación innecesaria y te vas?"



León dudó mientras su mente calculaba las posibilidades.

La mujer que tenía delante no era una persona común y corriente; eso era evidente.

Y aunque su misión era exterminar demonios, algo le decía que enfrentarse a ella aquí y ahora no daría los resultados que deseaba. Además, había algo en la forma en que se refería a Vergil... como si tuviera algún plan para él, algo que el exorcista no podía descifrar.

Finalmente, León suspiró y bajó la espada, pero mantuvo la mirada fija en la mujer. «Esto no ha terminado», dijo. Tiró bruscamente del brazo, liberándose de su agarre, y se giró para mirarla directamente, con expresión endurecida.

Sin embargo... luchando contra sus instintos, no pudo...

—No puedo dejar vivo a un demonio, y tú no me detendrás. —La mujer mantuvo una sonrisa enigmática en sus labios.

"¿Estás bien, cariño?" preguntó desde la distancia, su voz ahora llena de una dulzura inesperada.

Vergil intentó hablar, pero le falló la voz. Solo pudo asentir levemente, sintiendo una oleada de agotamiento que lo invadía. Al menos podía sentarse entre los escombros, observando a esa mujer...

'Tan perfecto...'

Había una calma en su mirada que parecía burlarse de la tensión que León intentaba imponer.

Sin dudarlo, cargó, blandiendo su espada dorada en un arco mortal hacia su cuello.

El golpe fue rápido y preciso, pero antes de que la hoja pudiera alcanzar su objetivo, ella se movió.

Fue un movimiento casi imperceptible, un deslizamiento suave y fluido que hizo parecer como si simplemente se materializara en otra posición.



León sintió que el aire cambiaba a su alrededor y entonces, en un instante, ella estaba detrás de él.

—Entonces... tienes diez segundos —dijo ella, con la voz cargada de sarcasmo, pero él se estremeció ante la frialdad.

León giró, intentando atacar de nuevo, pero ella ya no estaba allí. En cambio, sintió algo apretándose en su garganta.

Ella lo agarró por la nuca, levantándolo como si fuera un niño. Los ojos de León se abrieron de par en par, no solo por la fuerza aplastante, sino por la facilidad con la que ella había neutralizado su ataque.



"Ya que mi querido esposo nos está mirando...", comentó, sosteniéndolo en alto. "Voy a presumir un poco..."

León luchaba por respirar mientras su mente corría en busca de una salida.

Reunió toda la energía que le quedaba en una explosión de energía sagrada, disparando una ráfaga desde su palma hacia su rostro.

Pero la mujer simplemente giró la cabeza, dejando que la energía pasara inofensivamente hacia un lado.



"Qué bonito", dijo, apretándolo aún más. "Pero es tan inútil".

Desesperado, León intentó usar la espada de nuevo, pero ella ya estaba cansada del juego. Con un movimiento casi imperceptible, lo arrojó contra la pared más cercana; la fuerza del impacto hizo que el hormigón se agrietara y se rompiera a su alrededor.

León intentó levantarse, tosiendo sangre mientras sus ojos desesperados intentaban fijarse en ella. No entendía qué estaba pasando. Era mucho más poderosa que cualquier demonio al que se hubiera enfrentado. No tenía lógica, era imposible que él, un exorcista entrenado, se sintiera tan completamente dominado.

"Q-qué clan..." preguntó, viendo que la mujer aún le sonreía.

"Estás débil", dijo mientras se acercaba lentamente, ignorándolo. Sus pasos resonaron en la habitación mientras observaba a Leon, quien intentaba recuperar fuerzas, pero no le quedaban.



"No importa cuánta fe tengas, o cuán puro creas que eres... ante mí, no eres nada."

León, desesperado, disparó una última ráfaga de energía, pero ella levantó la mano, deteniendo la energía como si fuera una ligera brisa.

Con un simple movimiento, revirtió la fuerza del ataque, enviando a Leon a volar a través del techo, su cuerpo se estrelló contra los escombros y aterrizó nuevamente en el suelo con un ruido ensordecedor.



Sintió todo su cuerpo arder de dolor, pero antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, ella estaba encima de él, mirándolo hacia abajo con una mezcla de lástima y desdén.

—No deberías subestimar a alguien como yo —dijo con voz más fría—. No sabes con quién estás tratando.

—Pero sabes... me agradabas... Me ayudaste mucho, ¿sabes? —susurró, levantando el pie y presionándolo contra el pecho de Leon con tanta fuerza que le hicieron crujir las costillas.

"¡iURRRRGTT!!", gritó de dolor el exorcista, sintiendo la aplastante presión a medida que la mujer aumentaba el peso sobre él.

León intentó invocar más energía sagrada, pero ella solo rió, inclinándose más. "Sigue intentándolo, pequeño exorcista", murmuró. "Solo me divertí contigo porque eres un poco más fuerte que los demás, pero... al final, solo eres otro humano débil".



Con una última mirada de desdén, se retiró. Observó a León, ahora incapaz de luchar, destrozado física y espiritualmente.

—Te dejaré vivir por ahora porque aún no somos enemigos —dijo, retrocediendo un paso—. Pero recuerda esto: nunca te metas en asuntos que escapen a tu comprensión. La próxima vez, no seré tan... misericordiosa... Eso dependerá de mi marido, claro.



Dijo esto con una sonrisa mientras caminaba hacia Vergil, quien ya había entendido... Ella era una de ellos...

"¿Cuál es tu clan?", preguntó León, usando las fuerzas que le quedaban. La mujer se detuvo de inmediato y se giró hacia él. "Agares", respondió.

Todo el cuerpo de León tembló... el nombre...

—Katharina Agares —dijo sonriendo mientras se giraba hacia Vergil—. Y acabas de golpear a mi querido esposo —continuó, sin dejar de sonreír—. Espero que mi madre no sepa nada de ti, pequeña exterminadora de demonios.

Su sonrisa era tan aterradora como el fin del mundo...

¡Oye, recuerda usar tus Boletos Dorados y Piedras de Poder para ayudar a que el trabajo alcance nuevas alturas!

